ta de madera incorruptible, por la cual vino el alto Rey, y la que dió paso á la Luz eterna, por lo cual canta de ella la Iglesia:

Tu Regis alti janua
Et porta lucis fúlgida;
Del Rey alto, eres puerta,
De luz puerta esplendente.

Pero también es puerta del cielo para nosotros, como la llamamos en sus Letanías; y en el *Ave maris stella* le decimos: *Felix cœli porta*, puerta feliz del cielo. Y es puerta guarnecida con tablas de cedro, por sus altas é incorruptibles virtudes, que la cierran para que defienda á sus devotos de los ataques del enemigo, cerrando la puerta para que no entren en la tentación, ni el demonio entre en ellos con sus asechanzas.

VERSO 10.

Yo soy muro: y mi seno como torre,
desde que ante él he sido he-
cha como la que encuen-
tra la paz.

Aquí la Esposa reconoce su fortaleza; pues es y se llama muro, por la firmeza de la virtud, y se llama torre por la altura de la oración; y como de ella saca la leche de la doctrina y del espíritu que derrama en los otros, por eso compara con ella sus senos, que significan, ya los dos Testamentos, ya los dos preceptos de la caridad, ya los dos géneros de vida, activa y contemplativa; y entonces fué delante de él, halladora de la paz, porque Jesucristo, príncipe de la paz, se la dió como un rico tesoro que ella había perdido. Honorio lo entiende de los Religiosos que, aunque primero hubiesen pertenecido al siglo, después se escudan bajo los muros de la Religión, y desde que se alimentan de sus Reglas y

Constituciones como de los pechos de su madre, aunque á los ojos del mundo nada muestren; pero á los ojos de Dios, han encontrado la paz, la paz dulcísima del claustro, que en el mundo nunca pudieron encontrar.

En cuanto á nuestra muy amada Madre, es el fuerte muro que el demonio no se atreve á atacar; y los senos de su protección y de la doctrina de sus ejemplos con que nos alimenta, son torres (así dice el hebreo) en que nos guarecemos y en las que nos libramos del enemigo infernal. Por lo demás, óigase cómo la hace hablar el Abad Guillermo: «Luego que el Verbo eterno tomó carne de mi carne, encontré y sentí llevar en mi seno, del Espírito Santo, y en mis entrañas encontré como la paz, porque en ellas llevaba la hostia pacífica que todavía no se inmolaba, y cuya inmolación es la paz plena y completa. Y desde que el Espíritu Santo me cubrió con su sombra, me llenó de tanta excelencia, de tan gran poder y de tan exquisita clemencia, que para todos los que á mí se acogen, no sólo les soy muro para fortalecerlos,

sino también Madre para alimentarlos, y tal madre cuyos pechos son como torre, porque su piedad maternal no sólo nutre á los párvulos, sino también á aquellos que tienen que salir al campo á pelear con sus enemigos.» Por aquí vemos que la Virgen María, al mismo tiempo es fuerte y tierna, poderosa y misericordiosa; al fin Reina y Madre, Reina de los ángeles y Madre de los hombres.

VERSO II.

Una viña tuvo el pacífico en aquella que
tiene pueblos: entrególa á los
guardadores:
el hombre trae por su fruto mil
monedas de plata.

VERSO 12.

Mi viña delante de mí está. Tus mil, del pacífico, y doscientas para aquéllos que guardan sus frntos.

El pacífico se llama aquí á Salomón, el cual poseía una grande y rica viña en un punto llamado Baal Hamón, cuyo nombre traducido significa «la que tiene pueblos», esto es, ciudad de numerosos habitantes. Esta viña la dió en arrendamiento á un inquilino que paga por ella mil monedas de plata al año. Luego añade la Esposa, que su viña ante ella está: es decir, que no la ha dado en arrendamiento, sino que ella misma la cuida; que si al pacífico Salomón le produce mil monedas, á sus cultivadores les quedan de ganancia otras doscientas. Ahora bien; por la primera viña se entiende la sinagoga, y por la segunda la santa Iglesia. Las mil monedas, son los copiosos frutos que produce la viña; la multitud de los pueblos son los de tantas

naciones que oyeron la predicación de los Apóstoles en el día de Pentecostés; y las doscientas monedas dadas á los guardadores de la viña, significan el doble premio que da Dios á los predicadores y á los doctores. El número de mil denota la universidad de los santos, y también significa la virginidad, porque la cifra del uno indica el único Esposo á quien las vírgenes se consagran; y el número doscientos, significa las nupcias, por el número dos, pues son dos juntos en uno, en el matrimonio. Otros dicen que el mil, como número perfecto, pues es el diez multiplicado por diez y otra vez por diez, significa á Jesucristo; y el número doscientos, compuesto de un ciento y otro ciento, significa la santísima Virgen con los dos céntuplos de la virginidad y de la maternidad. María, pues, nuestra Madre y Señora, es la viña del pacífico Salomón; Dios la plantó en Baal Hamón, ó «en la que tiene muchos pueblos», porque la dió á todo el mundo y á todas las naciones; y la entregó á los guardadores, que son los diez mil ángeles que deputó para su custodia,

y también al amado discípulo al pie de la cruz; y de ella saca doscientas monedas por fruto, porque la imitan y la veneran las desposadas y las vírgenes.

VERSO 13.

¡Oh! Tú, que moras en los huertos, los amigos escuchan: hazme oir tu voz.

VERSO 14.

Huye, Amado mío, y aseméjate á la corza y á los tiernos cervatillos sobre los montes de los aromas.

El Esposo, por fin, y al terminar este sagrado Cántico, desea oir la voz de su Esposa, que dirigida á él la escuchen también sus amigos. Y como todo este drama pasa en los campos, contempla á la Esposa morando en las granjas y jardines; y por eso le dice: «oh, tú, que

habitas en los huertos: nuestros amigos también te escuchan; pero tú hazme oir á mí tu voz»; Dios dice al alma santa: «tú que habitas en los jardines de las virtudes, en los huertos de las buenas obras, aunque tú no los veas, los ángeles te miran y te escuchan; hazme, pues, oir la voz de tu oración: cuéntame tus deseos; hazme tus peticiones; derrama ante mí todos tus afectos; mira que yo puedo mandar á los ángeles que te ayuden y te sirvan, que cumplan tus deseos, que realicen tus votos, que te asistan cuando ya al salir de esa vida vengas á mí. Ya dejarás los huertos y vendrás á habitar en el palacio real; ya olvidarás las frutas de este mundo para saciarte del torrente de las delicias en la mesa del Señor.» Y si tan dulcemente habla al alma á quien ama, ¿qué no diría, cómo hablaría á su muy amada, á su paloma, á su escogida, y á su perfecta? ¿Cómo no desearía oir por última su dulcísima voz, que sus amigos los Angeles y los santos Apóstoles reverentes escucharían, cuando llegaba el instante de su felicísimo Tránsito? Tres veces, entre otras, le hizo María

santísima oir su voz: cuando habitando Ella en el huertecito de Nazareth con su Esposo el castísimo Patriarca, como la azucena con un lirio, hizo oir su voz que decía: «He aquí la esclava del Señor.» La segunda vez, cuandoal tener qne partir el Señor á los cielos, como Hijo fiel pidió á su Madre le diese licencia de ir al Padre: y Ella entonces le respondió: «Huye, Amado mío, sé semejante á la corza y al cervatillo sobre los montes de los aromas.» La tercera vez, como decíamos, fué en su dichoso Tránsito, cuando al proponerle su divino Hijo el llevarla á los cielos, contestó como siempre: «He aquí la esclava del Señor.» Y ahora, ya estando en el cielo, dice un piadoso Cardenal, que Jesús pide á su santísima Madre que le deje oir su voz, que los ángeles y los santos escuchan complacidos, cuando pide y ruega por sus hijos mortales en la tierra; y los ángeles se muestran prontos á servirla y á llevar prontamente sus dones á sus siervos y devotos en la tierra; y los santos unen sus preces á las de su Reina, solicitando del Señor lo que Ella pide. Y la Reina del

cielo, obsequiando los deseos del Señor, le habla y le dice: «Huye, Amado mío; huye ya del mundo que acaba; y como cervatillo que huye de las venenosas serpientes, y como la corza que huye del ruido y del trastorno, sube á morar para siempre en los montes de los aromas.» Jesucristo, dice San Gregorio, huye de los réprobos á los montes de los aromas de las almas santas; San Ambrosio dice, que el alma exhorta á su Esposo á huir de este mundo, porque Ella ya puede seguirle, y huir con él y volar á las alturas. Honorio lo explica así: «El Amado huye de entre los males, cuando lleva á su Esposa, sacándola de los trabajos de este mundo, á los gozos del cielo. Será semejante á la corza, cuando escoja á los buenos de entre los réprobos, separando el grano de la paja; será semejante al cervatillo, cuando descanse en sus santos, como éste en la sombra de los árboles; y estará sobre los montes de los aromas cuando reine sobre la alteza de los ángeles y de los santos que despiden el aroma de las virtudes.»

Así, este hermoso y divino Cantar,

termina con la muerte del justo, y con el fin de los siglos, y con el Tránsito y Asunción de la santísima Virgen á los cielos. Y así se nos enseñó á pensar en la muerte, á disponer para ella y á dirigir hacia ella y hacia nuestro fin nuestras acciones é intenciones. ¡Felices de nosotros si nos aprovechamos de tantas advertencias, exhortaciones é ilustraciones que en el amor y por modo de amor se nos dan en este Libro inspirado! ¡Dichosos, si conociendo mejor á nuestra muy amada Madre, más alabamos sus grandezas, y más confiemos en su protección, y mejor la sirvamos, y más ardientemente la amemos todos los días de nuestra vida!

Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada.

Escuchad mi voz, Hijas mías, pues por vez última va á hablaros aquí vuestra Madre. Todo cuanto hagais, debéis dirigirlo á salir bien de esta vida, como el

caminante que en su travesía solo mira y piensa en su llegada: una muerte feliz, piadosa y de antemano preparada, es el asunto que más debe preocuparos. Por eso debéis suspirar por encontrar á Jesús, vuestro hermano, cuando salgais afuera de este mundo, para entrar con él á la casa de la madre Jerusalén, donde ya no llegan las persecuciones y desprecios de los hombres. Allí daréis para siempre al Señor el vino del amor y el mosto de la alabanza: allí El, con su izquierda, os dará las dotes del cuerpo glorificado, y con su derecha abrazará vuestra alma con el abrazo de la divinidad que nunca se desune. Los ángeles, admirando vuestra gloria, preguntarán quién es la que sube del desierto de la vida, llena de delicias y apoyada en su Amado. Allá será un sello sobre vuestro corazón y sobre vuestro brazo, el goce perdurable del alma y del cuerpo: allá el amor será fuerte como la muerte, porque habrá triunfado de ella, y no morirá jamás; y duro como el infierno, porque le ha vencido escapando de él para siempre; allá nada podrá apagar el fuego del amor,

pues ni las aguas de las culpas, ni los ríos del olvido, tienen allá cabida. Allá conoceréis que todo lo que hicísteis en la vida por conquistar el amor, fué muy bien poco, y que su precio es tan grande, que no podríais igualarlo ni aun con la sangre del martirio. Estando ya en el cielo, pediréis por vuestros hermanos menores que dejásteis en la tierra: que al tiempo de su vocación sean muros de fortaleza y de constancia en sus deseos; que si por desgracia son puertas de vanidad y disipación, el Señor las cierre con el cedro de sus mandamientos: que á las buenas y fervorosas les sobreponga las almenas de plata de puros y preciosos pensamientos; y á las tibias ó mundanas, las prenda con los cerrojos de su gracia. En el cielo, ante Dios, encontraréis la paz; y la viña de vuestra alma entregada á la custodia de los ángeles, ofrecerá su fruto á su dulce dueño, y á mí, que la guardé como cosa mía, me dará como en premio las monedas de perpetuas alabanzas. Por ahora, amadas hijas mías, aun morais en los huertos de mis floridas Asociaciones; mas ya los ángeles y los santos, vuestros

abogados, mis siervos y amigos, desean oir vuestra voz con que les pidais favor y ayuda, para salir felizmente de este mundo y seguir al cervatillo y á la corza su madre, á Jesús y á María, á las montañas de los aromas eternos. Yo deseo también oir vuestra voz, mis dulces hijas, aquella voz con que me cantais en vuestros postreros días, cuando repetís el Cantar de vuestra recepción; y con voz apagada, pero con corazón ardiente, repetís: «¡Lo prometí, soy hija de María!» Ojalá y con toda verdad podais añadir entonces: «Fiel he permanecido; lo prometí, y lo he cumplido.» Allí resplandecerá mi cinta azul sobre vuestro pecho: mi imagen con las brazos abiertos será el símbolo de las nuevas gracias que derrame sobre vosotras: un pleno perdón de vuestras culpas y de las penas á ellas debidas, acabará de purificaros; y vuestro cuerpo ya exánime, cubierto con blancas vestiduras, y vuestra frente de blancas flores coronada, serán el símbolo de la blancura de vuestra alma y de la corona de gloria que mi Hijo os tiene preparada. Amadme, pues, hijas mías, que yo amo

á los que me aman, y los que en mí y por mí trabajan, no caerán en pecado; y los que en mi Asociación me ilustran con sus obras y virtudes, obtendrán la vida eterna. ¡Adios, adios, vuestra Madre cordialmente os bendice!

Voz de las hijas.

Sí, muy querida y amada Madre nuestra: el día por siempre bendito, lo prometimos, y con tu ayuda y favor permaneceremos fieles hasta la muerte; mas en aquella hora temible, como millares de veces te lo hemos pedido, de nuevo lo imploramos. En nuestra agonía haznos compañía, ¡oh dulce María! Y pues en el sagrado Cántico, en que el Espíritu Santo te colma de alabanzas, tan bellas lecciones nos has dado, permite, Madre mía, que de él formemos un himno en honor de tu Concepción Inmaculada.

Himno á la Virgen concebida sin pecado, sacado del Cántico de los Cánticos.

I

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Morena eres por tu humildad, Virgen santísima; pero hermosa, y muy hermosa, por tu Concepción sin pecado.

El Señor, te ha atraído, Madre mía: haz que todos corramos tras el olor de tus ungüentos, imitando tus virtudes.

Morena eres, Madre mía, porque el sol te ha estragado el color; porque tu hijo crucificado te ha llenado de dolor.

En el medio día de su Pasión apacentó tu alma, y allí quiere que apacentes también los rebaños de los pobres pecadores.

Tú eres la carroza del Señor, que en tu seno le llevaste á las montañas, y en tus brazos al templo y al Egipto.

Tus mejillas son de tórtola, llorando la Pasión; tu cuello como collares de perlas esperando la Resurrección; para